

Duelo por Julián Marías

VICTORIA DEL BARRIO*

El duelo es la emoción negativa producida por una pérdida. Se aplica especialmente a la muerte de las personas queridas.

Naturalmente el duelo tiene, como todas las emociones, una vertiente personal y otra social. El duelo personal está directamente ligado al vínculo afectivo que une a la persona desaparecida. Puede ser de una intensidad variable: insoportable o tenue e irrelevante.

Además, en función de las características personales del doliente, la expresión de la emoción, cuando la hay, puede ser más o menos explícita. Los extrovertidos harán partícipes a los demás de su tristeza, se vacían de ella y así se produce una mayor facilidad para la normalización de la vida y para la disolución del duelo. La comunicación y la compañía son el gran antídoto contra el veneno de la melancolía. Los introvertidos lo tienen más difícil, guardan la pena, ocultan lo que consideran una debilidad. Ese sentimiento estanco se encona, crece y ahoga.

Los expertos en duelo aconsejan su

“elaboración”, que no es otra cosa distinta que compartirlo. La meta es usar la energía negativa para la reconstrucción de los que se quedan.

Otra cosa muy distinta es la ritualización social del duelo, pero bien pensado, en el fondo consiste en potenciar las dos cosas que son psicológicamente sanas: la expresión de la emoción y la compañía. Pero curiosamente también se da un paralelismo de los aspectos personales en la ordenación social del duelo. Las sociedades menos desarrolladas son más ingenuas en su ritualización del duelo y se acercan, mediante una especie de “instinto social” a unos comportamientos saludables consistentes en la exteriorización y la compañía. Las plañideras, que han pertenecido al mundo occidental, sólo las podemos contemplar en los entierros de algunas culturas en un punto de desarrollo menor, y los funerales multitudinarios, también. Las sociedades más elementales se comportan ante la muerte más extrovertidamente que las desarrolladas.

Este mismo fenómeno se reproduce en la estratificación social de cualquier cultura, cuanto más abajo, más exteriorización de la emoción y más compañía.

* Profesora Titular de la Facultad de Psicología. UNED, Madrid.

La educación, la cultura y el desarrollo económico producen una atenuación de la emoción.

En gran medida, en nuestro mundo educar es enseñar un cierto control del mundo y de nosotros mismos, pero hay que cuidar que ese control no se lleve por delante la reacción emocional adecuada a las circunstancias.

La circunstancia de Marías está en el mundo occidental y en el ambiente intelectual, por tanto, le toca un duelo comedido, por otra parte, en perfecta consonancia con su vida y con su obra. Ante la muerte de Julián Marías se darán necesariamente los dos tipos de duelo, el emocional ante su pérdida y el social, la ritualización de su muerte. En ambos casos se producirá el consuelo. Emocionalmente, las personas que han querido, estimado y admirado a Marías, que son legión, se sentirán arrojadas y consoladas en la convicción de que muchos conservarán en sus mentes su recuerdo, y es una de las posibles maneras de supervivencia.

Socialmente se producirá una difusión mayor de su obra, potenciada por su muerte, y eso también producirá esa compañía reparadora en la potenciación del conocimiento de su pensamiento por un mayor número de personas. Esto le mantendrá vivo.

Hay unas cuantas formas de inmortalidad: la creación de una obra, la procreación de hijos, el recuerdo depositado en los amigos y la creencia en la otra vida. Marías vivió prolíficamente instalado en todas ellas. Por ello su pervivencia está biológica y mentalmente garantizada.

Pero él, mejor que nadie, ha dejado plasmada esta idea en su obra: "La vida mortal, los días contados, tensa entre el nacimiento y la muerte, es el tiempo en el que el hombre se elige a sí mismo, no lo que es sino quién es, en que inventa y decide quién quiere ser (y no acaba de ser)... a eso nos condenamos, a ser

verdaderamente y para siempre lo que hemos sido" (Antropología metafísica, 223).

No se me ocurre mejor manera de honrar a Julián Marías que recordar aquí a todos sus claras ideas acerca de la muerte y su relación con la vida. En este breve párrafo condensa su idea de la vida y de la muerte, la relación entre ambas, y todo ello fundado en su radical idea de la filosofía: el hombre elige quién es y quién quiere ser y eso le acompaña para siempre. La idea de una vida personal dinámica, inconclusa, insegura, pero al mismo tiempo dependiente de la voluntad, construida y trascendente, atraviesa su obra constante, y coherentemente.

Esta cita reúne, a mi modo de ver, las cualidades esenciales de su autor: la concisión, la capacidad de selección de lo esencial junto con la brillantez.

Fue Julián un hombre poco jactancioso, pero presumía de no haber tenido que cambiar ni una línea de sus libros a lo largo de los turbulentos tiempos en las que fueron escritas. Quizás ello se deba a que siempre escribió lo que pensaba, pensaba lo que escribía y, sobre todo, quería defender aquello en lo que creía. No fue, en absoluto, un ocasionalista. Sus opciones estaban regidas por la observación de la realidad y el descubrimiento de su conexión lo más exactamente posible.

El resultado de todo ello fue la autenticidad de su persona y su obra.